

EL CELIBATO NUEVAMENTE

En la archidiócesis de Madrid una fuerte minoría del clero piensa que es importante plantearse el tema de la ley que exige el celibato para el clero. Y en la reciente Asamblea Episcopal francesa han reconocido los obispos la preocupación real del clero francés por este asunto, a pesar de que muchas veces se quiere ocultar el problema.

El cardenal Suenens declaró también últimamente que el próximo Sínodo de Obispos, que se celebrará en 1971, debía tratar este vital tema.

Los periódicos extranjeros acaban de decir que los fieles católicos de tres parroquias holandesas han manifestado, por medio de una encuesta, que están dispuestos a aceptar a algún sacerdote casado que celebre misa en sus templos, aunque la jerarquía se oponga a ello. Y aquí y allí, en ese progresivo país, se dan facilidades —en algunos casos— a sacerdotes que se han casado civilmente para que sigan celebrando la eucaristía, pese a la Santa Sede.

Sea cual sea el juicio que esta «contestataria» actitud de los Países Bajos merezca, la única realidad es que existe un problema sin resolver: el de la rígida ley que excluye en la Iglesia latina que se dé, al mismo tiempo, matrimonio y sacerdocio.

Por eso viene en momento oportuno en nuestra nación un libro serio y sereno, publicado por la revista *Índice*, que se titula: **El celibato: razones, motivos, historia y conveniencia de una ley.**

Comienza el libro recordando el famoso cinturón de castidad que los novios o maridos imponían a sus mujeres para evitar cualquier falta en ellas, y que hoy es algo totalmente anacrónico y que casi parece imposible que haya ocurrido. Era —como todo el mundo sabe— un aparato que obstruía los órganos sexuales femeninos, y era cerrado por el varón de tal manera que sólo él podía volver a abrirlo.

Pero olvida el autor algo todavía peor: que se sigue practicando, en África del Norte y en algunas regiones del Nuevo Mundo —como cuenta el antropólogo A. Montagu en su libro *Hombre, Sexo y Sociedad*—, la extraña y repugnante operación llamada *infibulación*, que consiste en un «cósido» del órgano sexual, para empuñecer su tamaño e impedir así cualquier «desmán» masculino de la joven virgen o de la casada.

Todo ello proviene de la equivocada mentalidad que quería conseguir la virtud cercenando la libertad con obstáculos y prohibiciones coaccionantes.

Por eso piensa el autor de *El Celibato* que la superación de esta ley del celibato, sea querida o no, ocurrirá de hecho porque es una ley que quiere conseguir a todo trance lo que sólo debía ser decisión libre y personal en algunos casos de especial vocación. «La ley del celibato —dice el libro— es el cinturón de castidad que la sociedad civil y eclesial impone a determinadas personas, pensando que las ayuda».

De este estudio, cuidadoso y sin exageración alguna, se deduce que esta «ley ya no tiene apoyo ni en la Revelación ni en la Antropología». Y le pide comedidamente a la autoridad eclesial «decidir sobre la conveniencia práctica de abolirla o mantenerla»; pero sabiendo todo el mundo —y la jerarquía también— que la verdad es la verdad, y que no se pueden utilizar argumentos que carecen de base bíblica o cultural, porque «la ley del celibato es resultado de una cultura, una mentalidad y un condicionamiento social-emocional», así como de «la presión social, tanto clerical como laica» que ha impedido hasta ahora plantear este tema imparcialmente y sin tabúes anacrónicos.

Opina que «la ley es una interpretación defectuosa de la naturaleza del sexo originada por la influencia de la cultura pagana», por eso «la abolición de la ley» no sería una ruptura con la tradición cristiana, ni un cambio radical y extraño de la vida de la Iglesia, sino volver a «una interpretación genuina de la doctrina revelada», que no estaría ya mezclada ni con influencias de origen pagano sobre la sexualidad y sobre la virginidad, ni con procedimientos poco en consonancia con una educación de la libertad y en la libertad.

Todo esto se plantea en el libro por supuesto, desde el punto de vista de la fe y con un respeto hacia la autoridad eclesial que, a veces, puede parecer excesivo en nuestros tiempos. Por eso tienen los argumentos de esta obra más valor, porque son producto de una convicción, y no del oportunismo en un tiempo donde las posturas abiertas y progresivas tienen cada vez más audiencia. Su máxima inquietud es precisamente evitar los argumentos brillantes cargados de emotividad.

Es curioso que quien lo escribe —indudablemente alguno que está dentro de la clero— sale desde el primer momento al paso de las posibles objeciones que pueden surgir —aparte de las alegadas corrientemente y que son de simple autoridad—, y sólo se le ocurre —por eso opino que conoce bien el clima de bastantes clérigos— decir que «una de las razones con más frecuencia aducidas en favor de la ley —cosa que nunca se les oye a los seglares— es que el sacerdote no podrá casarse porque con lo que gana no podría mantener a la familia...; sin embargo, es claro que esto nada tiene que ver con la conveniencia o no de la ley... (porque) es un problema de contabilidad».

Si estamos convencidos que la esclavitud —contra lo que creía Santo Tomás— es lo más opuesto al desarrollo ordenado de la sociedad, o que la pureza de la fe no se puede ni debe mantener con la fuerza coaccionante de la Santa Inquisición, debían desaparecer cualesquiera leyes religiosas que intenten conseguir algún valor humano-religioso principalmente por medio de la coerción jurídica.

Así llegamos a una conclusión que veo muy acertada: que la abolición de la Inquisición y de la esclavitud fue consecuencia de una cultura social —y quizá también religiosa— más alta. Y «la ley del celibato» —se quiera o no se quiera— «desaparecerá cuando la cultura humana llegue a la cota desde cuya altura los hombres puedan ver que no es lícito encadenar el alma de otro hombre ni aun para hacerlo santo».

La mentalidad de la sociedad cristiana —es un hecho histórico adquirido hoy— «ha sido maniquea o dualista» durante muchos siglos: el alma era lo elevado y deseable, el cuerpo lo bajo y despreciable. Pero esta actitud no se encuentra jamás en la Biblia, sino que fue lo que pensaron los filósofos griegos platónicos, pitagóricos o estoicos. El libro sagrado del Génesis, mantiene en cambio dos tesis básicas: que la creación material es «muy buena», y que el peor mal de ser humano es la soledad, porque el Dios de los judíos piensa que «no es bueno que el hombre esté solo; démosle una compañera», dice al crear al hombre, según traducción de la *New English Bible*.

«La mitología grecorromana... ha hecho del sexo algo misterioso y divino; la poesía, las artes plásticas y el teatro han transmitido constantemente esta idea del sexo a la sociedad occidental». Para Sócrates incluso, la mujer es un simple medio en manos del hombre, que es siempre un ser superior, según él. Todo menos un complemento y una compañera, como quiere el primer libro de la Biblia en su comienzo. «La filosofía griega enseñaba que la mujer era un estorbo para la perfección del hombre, y creó en torno de las relaciones de ambos una ideología innatural, injusta y picaresca».

«No hay duda de que si la postura ante lo sexual fuese más sincera y natural, los hombres serían menos atormentados por este mito». Mito fomentado por la sociedad burguesa de consumo, que olvida que el sexo no es una fuerza misteriosa, sino perfectamente natural, y que debe ser orientada inteligentemente —como todas las energías humanas de la naturaleza— en un sentido social. Por eso, «lo más acertado es despojarla de todo su aire misterioso y místico; eso es lo que debían haber hecho los creyentes si hubiesen seguido las primeras enseñanzas bíblicas y no se hubiesen dejado llevar por culturas extrañas a los valores de la tierra».

Por eso mismo, cuando todavía se conservaban estas actitudes bíblicas en el primitivo cristianismo, los Concilios —como el de Gangre— decían: «Si alguien desprecia al sacerdote, por estar casado, sea anatema». La tesis del libro es que pocos siglos después del Evangelio entró en las mentes cristianas esa concepción pagana del sexo, y la legislación eclesial cambió en el sentido que ahora vivimos en la Iglesia latina.

Hay muy pocas personas —como ha demostrado el psicoanalista y sacerdote Marc Oraison— que, psicológicamente, han hecho con toda normalidad una opción de ser célibes por motivos válidos. Pero nadie debía imponerle al que quiere ser sacerdote, porque ambas vocaciones son distintas; y la Iglesia, con su práctica en Oriente de hacer sacerdotes a hombres casados, lo admite así de hecho. Porque corrientemente el hombre —y el sacerdote del futuro también— «encuentra su perfección, su equilibrio y su madurez, tanto psíquica como físicamente, en su unión afectiva con la mujer... (lo cual) biológicamente es evidente». Hasta para ser astronauta, que requiere el máximo de capacidad, madurez y equilibrio, se ha visto experimentalmente que son más adecuados los casados. ¿Y hemos de negar esto al futuro clero, con su delicada función de cara a los demás?

MIRIAM MAGDALENA